



Yo confieso. Autobiografía y prácticas orgánicas comunistas durante los años treinta¹

José Carlos Rueda Laffond²

Recibido: 11 de agosto de 2017 / Aceptado: 9 de abril de 2018

Resumen. Se aborda la autobiografía comunista como práctica político-cultural durante los años treinta. Inicialmente se repasan algunas funcionalidades de dichos materiales y el estado de la cuestión. La segunda parte se sitúa ante varios puntos de atención: la teoría y práctica del cuadro comunista y la importancia del ego-documento en la Internacional Comunista, el Partido Comunista de España y las Brigadas Internacionales. El artículo resalta la relevancia de estas manifestaciones en la comprensión del comunismo como red transnacional nutrida por valores simbólicos, lógicas de sujeción y proyectos organizativos compartidos.

Palabras clave: Autobiografías; Subjetividad; Estalinismo; Partido Comunista de España; Brigadas Internacionales.

[en] I confess. Autobiography and communist organic practices during the 1930s

Abstract. The article analyses the communist autobiography as political and cultural practice during the thirties, its functionalities and the state of art. Based on a variety of archival material, confronted several focuses of attention: theory and practice of the communist cadre and ego-documents in the contexts of the Comintern, the Communist Party of Spain and the International Brigades. The text highlights the importance of these manifestations in the understanding of communism as transnational network constructed by symbolic referents, organizational projects, and dynamics of subjection.

Keywords: Autobiographies; Subjectivity; Stalinism; Communist Party of Spain; International Brigades

Sumario. Introducción. 1. Comunismo en red. 2. Control en red, red de sujetos. 3. Narrativa sacramental y paradigma militante. 4. España en la red transnacional del ego-documento comunista. 5. España como red transterritorial del ego-documento comunista. 6. Conclusiones.

Cómo citar: Rueda Laffond, J.C. (2018). “Yo confieso. Autobiografía y prácticas orgánicas comunistas durante los años treinta”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 40, 275-302.

¹ Resultado del Proyecto “Diccionario de símbolos políticos y sociales: claves iconográficas, lugares de memoria e hitos simbólicos en el imaginario español del siglo XX” (MINECO, ref. HAR 2016-77416-P). Un esbozo del texto fue presentado en el Centre de Recherches sur l’Espagne Contemporaine (CREC, Université Sorbonne Nouvelle Paris 3), dentro de su línea de trabajo sobre «Les réseaux: (d)écrire les liens, (d)éconstruire des relations». Asimismo agradezco las observaciones de Marie-Linda Ortega, Marie-Angèle Orobon, Jesús Casquete y Juan Francisco Fuentes.

² Universidad Complutense de Madrid (España)
email: jcrueda@pdi.ucm.es

Introducción

La autobiografía fue un hábito en las SS. En el estudio realizado por Martin Davidson sobre su abuelo Bruno Langbehn, el primer documento que manejó fue su *Lebenslauf* de 1937, cuya redacción era obligatoria al solicitar el acceso a las Schutzstaffel³. Su contenido sorprendió al historiador. Era un texto con evidentes intenciones de rédito político –convencer de la idoneidad del candidato, además de proporcionar información sobre Langbehn. Pero Davidson se encontró ante un currículum descriptivo e impersonal, alejado de excesos retóricos, si bien en su aparente normalidad discursiva cupieron la declaración de arianidad o la glorificación del Partido Nazi donde se afilió el 17 de mayo de 1926.

Las *Lebensläufe* han sido empleadas en análisis prosopográficos como el propuesto por Christian Ingrao sobre cerca de un centenar de individuos con formación universitaria, su conexión con organismos como la Oficina Central de Seguridad del Reich y su implicación con acciones de represión y genocidio en el frente oriental desde 1941⁴. La mayoría de esos relatos fueron escritos en la segunda mitad de los años treinta e informan sobre el contexto vital de sus autores, su universo simbólico y los modos de darle sentido. Y aunque muchas *Lebensläufe* omitieron los recuerdos sobre la I Guerra Mundial y su legado traumático, sí reflejaron otras manifestaciones de la cultura de la violencia y el encuadramiento del período de entreguerras, evocando los enfrentamientos con grupos de izquierda, las redes de contactos y las mecánicas de socialización.

Las siguientes páginas abordarán otro corpus contemporáneo. Se acercarán a la autobiografía y a diversos ego-documentos comunistas. La obligación de redactar una autobiografía al afiliarse o incorporarse a un cargo orgánico se extendió entre los partidos comunistas durante la década de los treinta. La hipótesis esencial que guía a esta investigación es que dichos repertorios conformaron una columna medular en sus prácticas políticas y su cultura orgánica, al tiempo que sustanciaron un fenómeno que trascendió las fronteras, evidenciándose también como estrategia de subjetivación. En este sentido, se estimará a la autobiografía comunista como manifestación transnacional, considerando que adquirió sentido en conexión con las redes de encuadramiento y fiscalización, pero asimismo con las de interiorización de valores o creencias.

Desde estas premisas el texto se dividirá en dos partes. Inicialmente se abordarán cuestiones relativas a algunas prácticas en red, a la articulación orgánica sobre el control biográfico y a la autobiografía de partido en tales contextos. La segunda parte analizará diversas casuísticas autobiográficas cuestionándose su naturaleza como narrativas sacramentales, así como otras tipologías enmarcadas en la España en guerra. La atención se situará ante unas coordenadas que pueden ser tildadas de “locales”, perimetradas entre la IC, el Partido Comunista de España (PCE) y las Brigadas Internacionales (BBI). Ya en las conclusiones se recuperará el ejemplo antes mencionado de las *Lebensläufe* proponiéndose, entre otros asuntos, algunas claves comparativas con las autobiografías comunistas.

³ Davidson, Martin: *El nazi perfecto. El descubrimiento del secreto de mi abuelo y del modo en que Hitler sedujo a una generación*, Barcelona, Anagrama, 2012, pp. 51-61.

⁴ Ingrao, Christian: *Crear y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*, Barcelona, Acantilado, 2017, pp. 30-44.

Como acaba de señalarse, la redacción autobiográfica presentó una dilatada historia en los partidos y regímenes comunistas. Se encontraba sólidamente afianzada en la cultura bolchevique desde inicios de los años veinte (*avtobiografi*), coincidiendo con la expansión de su base militante. La necesidad de articular la identidad de partido, y de que esta fuese interiorizada mediante una fuerte implicación personal por esa afiliación de aluvión, subyace en la dinámica de construcción orgánica⁵. Desde ahí se impuso con rapidez en la Internacional Comunista (IC) y se propagó en las organizaciones comunistas de Europa o América, manteniéndose hasta los años sesenta e incluso en fechas posteriores. Los informes que incluían exámenes biográficos, verificaciones o investigaciones sobre comportamientos personales se trasplantaron igualmente a los regímenes del Socialismo Real. Timothy Garton Ash ha detallado los contrastes existentes entre las percepciones vertidas en su diario y las prolijas anotaciones fruto del seguimiento de que fue objeto por la Stasi en Berlín Este desde 1978⁶. En aquel rastreo participó un nutrido grupo de informadores, muchos ciudadanos corrientes, cuyos testimonios terminaron nutriendo un voluminoso expediente con centenares de páginas.

Ioana Cîrstocea se ha aproximado, por su parte, a la taxonomía del “marco biográfico” en la Rumanía de los sesenta y setenta, integrado por autobiografías, cuestionarios, “fichas de síntesis” o “notas de relaciones” con delaciones⁷. Puede apreciarse como expresión de una dimensión burocrática y de control, aunque asimismo da luz sobre la apropiación de valores por parte de los ciudadanos o acerca de las estrategias para adecuar su autonomía personal a los márgenes sistémicos. En semejante contexto, el ego-documento ofreció además virtualidades más amplias y complejas que las de un exclusivo rendimiento represivo estatal, emplazándose en conexión con las fórmulas institucionalizadas de promoción o cooptación y con el aprovechamiento social de las mismas.

Cabe hablar, pues, de una intrincada red nutrida por múltiples ego-documentos en la cultura comunista transnacional en escenarios geográficos distintos y a lo largo de un dilatado período de tiempo. Pero para su adecuada comprensión deben relacionarse con otro espacio aparentemente extraño a dicha cultura: la filosofía de gestión de cuadros presente en la cultura empresarial o del management durante el primer tercio del siglo XX⁸. Y es que la narrativa autobiográfica comunista coincidió con otras modalidades de afirmación personal aparentemente no políticas, pero que exigían espíritu de combate, compromiso y notables dosis de entrega. El ideal productivista estuvo muy presente en la cultura estalinista del mismo modo que figuró —con singularidades específicas, obviamente— en ego-documentos como la autobiografía empresarial.

Fue el caso del testimonio del francés Ernest Mattern escrito a finales de 1941, cuando era director general de fabricación y servicios técnicos de Peugeot⁹. Su relato

⁵ Halfin, Igal: *Red Autobiographies: Initiating the Bolshevik Self*, Seattle, University of Washington Press, 2010.

⁶ Garton Ash, Timothy: *El expediente. Una historia personal*, Barcelona, Tusquets, 1979.

⁷ Cîrstocea, Ioana: “Soi-même comme un autre: l’individu aux prises avec l’encadrement biographique communiste (Roumanie, 1960-1970)”, en Claude Pennetier y Bernard Pudal (eds.): *Le sujet communiste. Identités militantes et laboratoires du «moi»*, Rennes, Presses Universitaires, 2014, pp. 59-78.

⁸ Cohen, Yves: “Étude comparée de la subjectivité et du travail sur soi dans le communisme et le libéralisme entre les deux guerres”, en Claude Pennetier y Bernard Pudal (eds.): *Le sujet ...*, pp. 79-101.

⁹ Cohen, Yves: “Un ingénieur et sa pratique. Les techniques et la subjectivité”, *Documents pour l’Histoire des Techniques*, 15 (2008), pp. 77-120.

vivencial no se concibió como texto para ser publicado, sino que se trataba de una reflexión dirigida a la gerencia de la empresa. En ella Mattern combinó la evocación familiar, la experiencia profesional y vertió opiniones sobre el trabajo industrial. Su narración, una oda a los métodos científicos de gestión, exaltaba el maquinismo, la organización capitalista armónica y el eficaz encuadramiento de los cuadros especializados. Y es más: cantó tales alabanzas a través de una escritura que era fruto, a su vez, de la aplicación de unas técnicas sistemáticas de rememoración y exposición del recuerdo.

1. Comunismo en red

La práctica autobiográfica discurrió por otros cauces en la Unión Soviética de los años treinta. El estudio de Stephen Kotkin dedicado a la localidad industrial de Magnitogorsk ha subrayado la omnipresencia de cuestionarios biográficos (*anketa*), evaluaciones periódicas (*kharakteristiki*) o breves informes con referencias personales (*lichnaia kartochka*) entre las clases trabajadoras¹⁰. Cabe advertir estos materiales como herramientas de un Estado obsesionado por el control. Pero igualmente deben enmarcarse en un escenario —el estalinismo concebido no solo como un fenómeno coactivo, sino también proactivo—, implicado en procesos de (re)construcción identitaria con efectos en la esfera pública. Esas fueron las coordenadas donde deben ubicarse los esfuerzos para conseguir una movilización performativa que conllevara la empatía y la complicidad masivas: la obsesión por lograr la participación en las tareas de emulación socialista, por contagiar el anhelo de competitividad a través del paradigma estajanovista o por impulsar la fiebre productivista. Tal proyección pública coincidió con otras mecánicas de afirmación e inspección: con frecuencia la autobiografía trascendió el mero acto de su redacción o recepción privadas puesto que el autor debía presentarla y defenderla oralmente.

La estimación historiográfica de este tipo de ego-documentos debe enmarcarse, en primer término, en la reflexión sociocultural sobre comunismo. La obra de Kotkin es buena muestra de la reconsideración histórica del estalinismo frente a las explicaciones unívocas solo centradas en la represión o la estricta dimensión política. La tipificación del estalinismo como “experiencia antropológica” sugiere la importancia de la aquiescencia, la aprobación consentida o la interiorización cómplice de un mundo de valores. Son cuestiones que permiten iluminar las mecánicas de conformación de consensos indispensables para la gestión del control social y la violencia de Estado. Al respecto se han remarcado fenómenos como la auscultación de la opinión pública desde organismos policiales. Este hecho evidenció el interés oficial por testar las percepciones populares, así como la presencia de un abanico de posiciones diversificadas en el campo y la ciudad, o entre los colectivos beneficiados por las políticas del régimen y aquellos otros que se refugiaron en actitudes de menor implicación o en la resistencia pasiva¹¹.

¹⁰ Kotkin, Stephen: *Magnetic Mountain. Stalinism as Civilization*, Berkeley, University of California Press, 1995, p. 216 y ss.

¹¹ Como estudios de referencia, Viola, Lynne: *Peasants Rebels under Stalin. Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, Nueva York, Oxford University Press, 1996; Davies, Sarah: *Popular Opinion in Stalin's Russia. Terror, Propaganda, and Dissent, 1934-1941*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, o

Otra perspectiva corresponde al análisis de las prácticas en red. Este enfoque se ha popularizado en las últimas décadas en coincidencia con la sedimentación de la cultura digital y los estudios sobre comunicación e interacción social. No obstante, las potencialidades para su aplicación histórica resultan evidentes, abarcando una amplia fenomenología de contextos y situaciones. Sin ánimo de ser exhaustivos cabría mencionar las interdependencias económicas, la vertebración y funcionamiento de tramas políticas, las redes de sociabilidad o la generación y circulación de productos culturales. El foco de interés se ha centrado, a partir de ahí, ante aspectos como la jerarquía de nodos o tramas, su conectividad o las hegemonías y subordinaciones en sus dinámicas de proyección¹².

En los últimos años se han replanteado igualmente temas y enfoques tradicionales sobre el comunismo incluyendo nuevas consideraciones sobre las posibilidades que abre el estudio de los lazos e interacciones orgánicas¹³. Trasladar la perspectiva de las prácticas en red supone situarse ante unas coordenadas complejas pero que podrían sintetizarse atendiendo a dos ejes simultáneos. El más evidente estaría construido verticalmente a través de la sujeción de las secciones nacionales a la IC (Internacional Comunista) y de esta al Estado-partido soviético. La IC ocupó una posición de estado mayor central escalonado jerárquicamente desde su vértice ejecutivo hasta la trama de partidos y organizaciones subordinadas. Tal conformación se consagró en el organigrama derivado del VII Congreso (1935), aunque sus trazas básicas fueron tomando forma desde 1919.

Esta cuestión nos lleva al plano de las relaciones entre centro (Moscú) y periferias (organizaciones comunistas nacionales) en términos de subordinación y aspiración centralizadora, pero no debe olvidarse la dimensión “glocal” y la posible presencia de particularidades territoriales¹⁴. La IC ha sido entendida, en este sentido, como epicentro de una red transterritorial entendida como “espacio social extendido sobre las culturas nacionales que la configuraban”¹⁵.

Un memorándum de inicios de 1931 detalló las funciones de una sección de la IC (el Secretariado Romano) en tono de exaltada hiperactividad del trabajo en red. El organismo se definía por oposición. “No [era] una sociedad de estudios históricos, arqueológicos, sociológicos, filosóficos ni un círculo de auto-educación”, sino un nodo encargado de asegurar un flujo de información y orientaciones entre la IC

Fitzpatrick, Sheila: *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

¹² La bibliografía es extraordinariamente amplia. Como enfoques introductorios pueden mencionarse Wetherell, Charles: “Historical Social Network Analysis”, *International Review of Social History*, 43 (1998), pp. 125-144 o Wellman, Barry y Wheterell, Charles: “Social Network Analysis of Historical Communities: Some Questions from the Present to the Past”, *The History of the Family*, 1, 1 (1996), pp. 97-121. Una perspectiva de conjunto en Sarno, Emma: “Análisis de redes sociales e historia contemporánea”, *Ayer*, 105 (2017), pp. 23-50. Este trabajo se inscribe en un dossier donde también se incluyen estudios de caso situados en la España de los siglos XIX y XX.

¹³ Studer, Brigitte y Unfried, Berthold: “At the Beginning of a History: Visions of the Comintern after the opening of the Archives”, *International Review of Social History*, 42, 3 (1997), pp. 419-446. Véase además McDermott, Kevin, “Archives, Power, and the Cultural Turn: Reflections on Stalin and Stalinism”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 5, 1 (2006), pp. 5-24. Sobre las prácticas en red en el universo comunista, Stern, Ludmila: *Western Intellectuals and the Soviet Union. From Red Square to the Left Bank*, Londres, Routledge, 2007; o Bayerlein, Bernhard, Braskein, Kasper y Weiss, Holger (coords.): *International Communism and Transnational Solidarity*, Leiden, Koninklijke, 2017.

¹⁴ Haberen, Joachim: “Between Global Aspirations and Local Realities: the Global Dimensions of Interwar Communism”, *Journal of Global History*, 7, 3 (2012), pp. 415-437.

¹⁵ Studer, Brigitte: *The Transnational World of the Cominternians*, Houndmills, Palgrave MacMillan, 2015, pp. 5-9.

y varios partidos europeos. Debía realizar labores de control garantizando el cumplimiento de las directivas cominternianas. Y, llegado el caso, “revelar a tiempo los errores, las faltas, desviaciones”, planteando encuentros para tratar “cuestiones delicadas, litigios y su discusión”. Su lógica era la de un trabajo funcional con horarios marcados, reuniones regulares entre miembros estables —un *staff* donde figuraron Stepánov (seudónimo de Stepan Mínev), André Ferrat, Kurt Müller o Dmitri Manuilsky, uno de los hombres fuertes de la IC—, junto a colaboradores ocasionales y los representantes nacionales igualmente imbuidos en una incesante participación en grupos de trabajo¹⁶.

Otro eje de las prácticas en red se moduló de forma más horizontal, si bien incluyendo niveles de conexión superpuestos de alcance internacional, nacional y local. El PCE o el Partido Comunista francés (PCF) presentaron a mediados de los años treinta una miríada de organismos en red nutrida por secretarías, comisiones o comités, o por las llamadas organizaciones de masas como la Asociación de Amigos de la URSS (AUS) o el Socorro Rojo Internacional (SRI). Sin embargo, esa imagen requiere dos aclaraciones: todas las piezas de dicha trama funcional orgánica no poseyeron, obviamente, un mismo valor estratégico y alguna, como la comisión de cuadros, ocupó un lugar nuclear. Ello se conjugó con la hipertrofia de otras secciones, como las dedicadas a iniciativas propagandísticas.

Junto a las redes orgánicas, o a las desplegadas en los procesos de producción, circulación y recepción propagandística, deben mencionarse otros lazos y herramientas. Cabría explicar el modelo ideal de partido comunista como compendio de redes de sociabilidad, afectividad, experiencias, símbolos compartidos, identidades emocionales y mecánicas de inspección y control. La exigencia autobiográfica fue una pieza inserta en tales coordenadas. Se exportó desde la matriz soviética a las ramificaciones nacionales coincidiendo con la cristalización de la política de cuadros animada por la IC en los años treinta, pero acoplada a las especificidades de los diversos engranajes locales¹⁷.

El fomentar una política de cuadros estuvo tras la creación en 1926 de la Escuela Internacional Lenin (ELI) adscrita a la IC. La verificación de los futuros estudiantes obligaba a los partidos nacionales a enviar a Moscú fichas con datos biográficos que especificasen su entorno familiar, instrucción, circunstancias de afiliación u otras informaciones de relieve. Trabajar “desde la edad de 12 años [siendo] hijo de padres proletarios” o haber realizado el servicio militar haciendo en “el ejército burgués un excelente trabajo antimilitarista”, fueron, por ejemplo, méritos aducidos en las fichas del uruguayo Luis Fierro y el francés Georges Thomas¹⁸. Ya en Moscú, los alumnos debían cumplimentar un cuestionario. Pero el control biográfico no concluía ahí. Los estudiantes debían defender ante los tribunales de examen su autobiografía. En paralelo, estuvieron sometidos a filtros de evaluación que testaron sus rasgos psicológicos, la fidelidad a la “línea política”, la disciplina o el posible “desviacionismo”¹⁹. Por otra parte, pasar por la ELI o por una escuela de partido conllevaba ejercitarse

¹⁶ Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social [RGASPI], 495/32/86.

¹⁷ Como compendios, Studer, Brigitte; Unfried, Berthold y Herrmann, Irène (eds.): *Parler de soi sous Staline, La construction identitaire dans le communisme des années trente*, París, Maison des Sciences de l’Homme, 2002; Penetier, Claude y Pudal, Bernard (eds.): *Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste*, París, Belin, 2002, y Penetier, Claude y Pudal, Bernard (eds.): *Le sujet...*

¹⁸ RGASPI, 533/10/3217 y 531/1/10.

¹⁹ RGASPI, 531/1/174A.

en un intenso trabajo de reflexión ego-histórica. La didáctica comunista insistió sobremanera en la necesidad de adiestrar en la elaboración de informes que evaluaran desde la óptica del análisis personal, como ocurrió con los testimonios de españoles que evocaron en Moscú los sucesos revolucionarios de 1934²⁰.

2. Control en red, red de sujetos

La pieza central en el engranaje de la IC dedicada a recolectar y verificar biografías fue la Sección de Cuadros constituida en 1932. Su estructura quedó revisada tras el VII Congreso. Encabezada por Anton Krajewski (seudónimo de Władysław Stein), incluyó departamentos de educación, aparato internacional, verificación y registro junto a otro especializado en dirigentes de los partidos nacionales –la búlgara Stella Dimitrova Blagoeva se encargó de las organizaciones italiana, española y portuguesa, aunque de facto estas secciones dependieron de Dmitri Manuilski. La Sección de Cuadros clasificó y evaluó un impresionante corpus de expedientes incluyendo a cualquier colaborador de la IC. A comienzos de 1936 se ratificó el procedimiento de verificación que incluía la redacción autobiográfica, un cuestionario que debía ser confirmado por dos miembros del partido y una semblanza que ratificase la idoneidad del investigado elaborada por la organización de procedencia.

Tales extremos permiten calificar al comunismo como “civilización del informe” o “socio-biocracia” fascinado por establecer un engranaje eficaz entre teoría y práctica del cuadro político y recolección exhaustiva de sus datos personales²¹. El objetivo era controlar el capital humano a través de procedimientos administrativos rutinarios fundamentados en la acumulación de múltiples narrativas: autobiografías, cuestionarios, informes sobre actividades o viajes, valoraciones, cotejos, autocríticas, denuncias o sanciones. Tras esa labor tan burocratizada se encontraba, no obstante, la aspiración por implementar métodos de trabajo eficientes de selección o purga orientados a maximizar la rentabilidad del personal político dentro del aparato de la IC y las estructuras locales.

Esta mecánica nos habla, de nuevo, de similitudes entre capitalismo gerencial y gestión socialista. Acabada la Guerra Civil española, la comisión creada en la IC para estudiar la situación de los voluntarios comunistas de las BBII se planteó varias acciones con el propósito de optimizarlos como recursos humanos. Había que sistematizar los datos autobiográficos recopilados en España, organizar un “fichero negro” sobre “espías y provocadores y preparar la denuncia pública necesaria”, o coordinar la información llegada de los partidos de origen de los interbrigadistas, que además debían ocuparse de su seguimiento. Los partidos nacionales procurarían su reutilización orgánica y “transmitirían sus apreciaciones a Moscú”, mientras que la Sección de Cuadros de la IC, en coordinación con la del PCE, analizaría el papel de las BBII en España, las actividades de los comunistas o los “casos de desorganización [...] y provocaciones”²².

²⁰ RGASPI, 495/32/170.

²¹ Werth, Nicolas: “Le Stalinisme au pouvoir. Mise en perspective historiographique”, *Vingtième Siècle*, 69, 1 (2001), p. 127; Pudal, Bernard y Pennetier, Claude: *Le soufflé d'octobre 1917. L'engagement des communistes français*, París, Atelier, 2017, pp. 39-40.

²² RGASPI, 495/18/1293.

Entre las competencias asignadas a la Sección de Cuadros de la IC a inicios de 1936 figuró estudiar los “métodos de trabajo del enemigo”, ayudar a los partidos a desenmascarar “elementos hostiles” o a difundir una “actitud bolchevique” entre sus militantes y dirigentes en caso de arresto e interrogatorio. También debía impedir que “individuos sospechosos de espionaje o de provocación” circularan por territorio soviético²³. Otra decisión del Presídium de la IC dictada esos mismos días denunció que la “verificación de documentos por parte del Partido Comunista de la URSS” revelaba que algunos partidos se estaban “comportando con negligencia criminal” en su transferencia de efectivos a la Unión Soviética. Ese control fue igualmente derivado a la Sección de Cuadros, requiriendo de una confirmación especial de los datos autobiográficos desde el partido soviético²⁴.

Las autobiografías se insertaron así en una red de maximización informativa, control y, llegado el caso, pesquisa policial y represión en una dinámica que afectó al aparato de la IC y a la emigración que residía en la Unión Soviética. En 1936 se abrió una auditoria que incluyó la revisión de fichas personales elaboradas desde 1920²⁵. En meses posteriores operó una comisión especial integrada por el estonio Jaan Anvelt, el alemán Wilhelm Florin y el ruso Meier Abramovich Trilisser (Moskvin). Este último encarnó, hasta su arresto a finales de 1938, las tareas de verificación interna. Vinculado con la NKVD, venía encargándose desde mediados de 1935 del servicio secreto de finanzas y la “administración del aparato del Comité Ejecutivo de la IC”, además de gestionar una secretaría dedicada a los partidos polaco, finés y bálticos, las secciones que, junto a la alemana, más duramente sufrirían el embate represivo. Pero la fiscalización también afectó a la propia Sección de Cuadros, tildada por Moskvin el 22 de junio de 1937 de “confusa”, “poco fiable” y “en manos del enemigo desde hace muchos años”²⁶. Lo afirmó en una reunión donde participaron Blagoeva y otra responsable del departamento, la ucraniana Serafima Gopner. Un mes antes, el 26 de mayo, Anton Krajewski había sido detenido y encarcelado.

Los partidos nacionales se afirmaron como comunidades-red jerarquizadas y eslabones del trabajo en cadena en el esfuerzo de recopilar y verificar testimonios. Estas tareas se proyectaron hacia sus escalas regionales y locales, mientras suministraban un flujo constante de datos al centro encarnado en la IC. Varias directivas dictadas tras el VII Congreso impulsaron las escuelas de partido y la especialización de militantes en tareas de propaganda²⁷. Aunque la cuestión esencial fue mejorar, o en su caso crear, secciones de cuadros nacionales encargadas de recabar la documentación personal, fijar una “política bolchevique” y “desenmascarar elementos hostiles y netamente provocadores”. En el caso del PCF, su Comisión Central de Cuadros tenía potestad para evaluar a los miembros del Comité Central (CC), al aparato regional y local, a redactores y administradores de la prensa del partido o a los diputados comunistas²⁸.

²³ RGASPI, 495/18/1073.

²⁴ RGASPI, 495/18/1039.

²⁵ RGASPI, 495/18/1039.

²⁶ RGASPI, 546/1/388.

²⁷ RGASPI, 495/8/1109 y 495/18/1095.

²⁸ RGASPI, 517/1/1729. Sobre la política de cuadros en Francia, Penetier, Claude y Pudal, Bernard: “La vérification (l’encadrement biographique communistes dans l’entre-guerres)”, *Genèses*, 23 (1996), pp. 145-163. Para el período posterior, Boulland, Paul: *Des vies en rouge. Militants, cadres et dirigeants du PCF (1944-1981)*, París, Atelier, 2016, pp. 55-86.

La práctica del cuadro comunista se acompañó de su sublimación teórica. Su importancia objetiva fue destacada por el secretario general de la IC, Georgi Dimitrov, en el VII Congreso. Poco después, coincidiendo con las directrices para reforzar la Sección de Cuadros y los departamentos afines en los partidos nacionales, se difundió un manifiesto que ensalzaba los atributos del cuadro ideal. Dimitrov aprovechó el duodécimo aniversario de la muerte de Lenin para perfilarlos: “profunda abnegación”, capacidad de trabajo, decisión, especialización, “disciplina y temple bolchevique” y “fidelidad al partido”²⁹. El propio Stalin se refirió en el trascendental pleno del partido soviético de marzo de 1937 a la necesidad de depurar la selección. Su intervención tuvo un tono apocalíptico, remarcando las imágenes de cerco a la Unión Soviética y la necesidad de una liquidación de “saboteadores trotskistas” –acababa de celebrarse el segundo Proceso de Moscú. Stalin denunció a “nuestros camaradas dirigentes, [...] incautos, benévolos e ingenuos” que ayudaron “a los agentes de los Estados extranjeros a escalar puestos”, mientras que en su discurso de clausura ensalzó las virtudes del trabajo sistemático de verificación que permitiría “conocer mejor al militante, establecer sus cualidades reales, [...] las cualidades y defectos del aparato de realización [y] las cualidades y defectos de las tareas mismas”³⁰.

Sin embargo, y más allá del interés fiscalizador, el ego-documento de partido debe explicarse en correspondencia con las dinámicas de articulación del sujeto comunista y su subjetividad³¹. Esta categoría alude a los procesos de (re)construcción y afirmación personal en consonancia con estándares ideológicos, percepciones político-morales, sistemas de creencias o representación y esquemas de comprensión. En los años treinta se exacerbó el valor simbólico de la militancia entendida como compromiso e identificación absoluta al tiempo que se tipificó el catálogo de los “enemigos de clase” y se exaltó el carácter determinista y finalista del proyecto socialista en relación con aspectos como la idealización de la Unión Soviética o el objetivo de esculpir al “hombre nuevo”. Fueron valores que formaron parte medular del comunismo como cultura en red. Se vertebraron y manifestaron, entre otros dispositivos, a través de las autobiografías y otros ego-documentos políticos o desde reflexiones de carácter estrictamente privado.

Los estudios de Jochen Hellbeck han evidenciado como muchos diarios personales redactados en la Unión Soviética durante los años treinta sirvieron de ejercicios de “auto-construcción”, “trabajo sobre sí mismo” o “modelo de existencia”³². Registraron el pasado desde una óptica personal. Pero asimismo actuaron de herramienta para coadyuvar en esa rearticulación identitaria del sujeto comunista como espacio para verter diagnósticos de presente y expectativas de futuro desde una fuerte implicación ideológica. Hellbeck ha evaluado esos materiales en forma de muestras de interiorización no coactiva del catálogo de normas y expectativas estalinistas y de su alcance como proyecto antropológico. Desde esta perspectiva, esculpir al “hombre nuevo” se tradujo en auto-modelaje a través del diario personal como práctica reflexiva y de creación interior.

²⁹ “¡Por cuadros leninistas-stalinistas!”, *La Internacional Comunista*, 25 de marzo de 1936, pp. 195-209.

³⁰ *¡En guardia contra el enemigo!*, Madrid, Ediciones del PCE, 1937.

³¹ Unfried, Berthold: “Der Kader und seine Biographie”, en Brigitte Studer y Berthold Unfried: *Der stalinistische Parteikader: identitätsstiftende Praktiken und Diskurse in der Sowjetunion der dreißiger Jahre*, Colonia, Böhlau, 2001, pp. 122-156.

³² Hellbeck, Jochen: *Revolution on my Mind. Writing a Diary under Stalin*, Harvard, Harvard University Press, 2009.

3. Narrativa sacramental y paradigma militante

La tríada establecida entre obsesión burocrática, control de cuadros y trabajo auto-reflexivo, pero sometido a las prescripciones que regulaban al sujeto comunista, ha permitido enlazar la práctica autobiográfica con las categorías de “tecnologías del Yo” y modelo “pastoral” formuladas por Michel Foucault. La primera noción haría referencia a los mecanismos que permitirían “a los individuos efectuar, por cuenta propia o con ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamiento, conducta, o cualquier forma de ser” con vistas a su “transformación”. La segunda aludiría a una relación asimétrica –pastoral, inspirada en el imaginario cristiano del pastor y su rebaño– dotada de una “tecnología de poder” propia de una “ideología de salvación”. Dicho esquema de interacción se definiría por la subordinación, el control de comportamientos o la supresión de desviaciones, pero también por la devoción voluntaria o la expiación como senda de perfeccionamiento³³.

La autobiografía comunista se concibió como relato totalizador. Debía resumir la historia personal fusionando vida pública y privada. Ello enlaza con la genealogía de dispositivos de control donde descollarían los mecanismos de observación y fiscalización desplegados por la Iglesia Católica (regulación de actitudes, confesión, penitencia, fomento de vocaciones...) ³⁴. Dicha cuestión permite considerar, a su vez, el papel de la autobiografía en el contexto del comunismo como religión secular.

Con ello nos aproximamos a un asunto ampliamente debatido: las religiones políticas contemporáneas, un epígrafe donde se han incluido las experiencias del fascismo y el nazismo, u otros movimientos o regímenes afines, y el comunismo de impronta soviética³⁵. O, incluso, manifestaciones más recientes definidas por la presencia política de lo religioso en la esfera pública o por el eco de creencias o valores de aparente raigambre religiosa en dinámicas de movilización socio-política³⁶.

Un plano tradicional de interpretación, donde se han interrelacionado el nazismo y el estalinismo desde el prisma de coincidir en un totalitarismo compartido, se ha basado en la idea de sacralización de la política como acción invasiva sobre el individuo. Ahí se han situado aspectos como la dominación a través de ideologías dogmáticas, coercitivas e infalibles, la conversión de la propaganda en adoctrinamiento, el liderazgo carismático y el culto a la personalidad. No obstante, en fecha tan temprana como 1953 Hannah Arendt llamó la atención acerca de los riesgos de establecer conexiones automáticas bajo la imagen del comunismo como religión secular, o sobre la simplificación que comportaba confundir religión e ideología desde un enfoque funcionalista³⁷.

Respecto al comunismo soviético se han explorado sus prácticas rituales en rela-

³³ Foucault, Michel: *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 48 y 98-117.

³⁴ Pennetier, Claude y Pudal, Bernard: “Écrire son autobiographie (les autobiographies communistes d’institution, 1931-1939)”, *Genèses*, 23, 1 (1996), pp. 53-75.

³⁵ Entre la abundante bibliografía resaltaría Gentile, Emilio: *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007 o Mosse, George L.: *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005. Como reunión de ensayos desde una multiplicidad de perspectivas, Weinberg, Leonard y Pedhazur, Ami (eds.): *Religious Fundamentalism and Political Extremism*, Londres, Frank Cass, 2003.

³⁶ Kepel, Gilles: *La revancha de Dios*, Madrid, Alianza, 2005.

³⁷ Arendt, Hannah: “Religión y política”, en *Ensayos de comprensión 1930-1954. Escritos no reunidos e inéditos de Hannah Arendt*, Madrid, Caparrós, 2005, pp. 443-469.

ción con diversas muestras de afirmación religiosa estableciéndose una concomitancia fideísta y litúrgica³⁸. Asimismo se han abordado los usos de la herencia simbólica religiosa en los procesos de invención de tradiciones por parte de organizaciones comunistas o por los regímenes del Socialismo Real³⁹. También se ha indicado la proyección de prácticas penitenciales religiosas tradicionales en la cultura bolchevique⁴⁰. O la correlación entre fe y devoción comunista y cristiana a través de algún diario privado caracterizado por el tono confesional⁴¹. En coordenadas paralelas cabría emplazar la noción de “escatología estalinista”, su “hiper-moral” y su “humanismo superlativo” universalista y milenarista. Tal visión se caracterizaría por una lectura donde el paraíso de la sociedad sin clases solo sería posible a través de un sacrificio que incluía, indefectiblemente, la violencia. Según esta interpretación la ciencia se trastocó en verdad religiosa, la purga en purificación y el cuadro comunista en encarnación de sacerdocio providencialista⁴².

No faltaron tampoco alusiones a la correspondencia explícita entre fe religiosa y comunista en el caso español. El dirigente vasco Sebastián Zapirain, evocando los años treinta, preguntó a Dolores Ibárruri si veía “trasplantado [...] el misticismo cristiano a la mística comunista”. “Sí, sí, algo parecido”, contestó⁴³. Aludiendo a esa mística se han sintetizado los paralelismos entre herencia católica y comunismo remarcando una correspondencia entre “sus santos –los padres fundadores y los grandes antepasados–, sus mártires –héroes–, su liturgia y ritos –fiestas, mítines, reuniones y asambleas–, sus sacerdotes –los dirigentes–, sus fieles –militantes y seguidores–, sus herejes –traidores–, sus oraciones –informes y canciones–, su latín –estereotipos lingüísticos”⁴⁴.

En relación con el objeto de este artículo la consideración del comunismo como ideología de salvación y la perspectiva constructivista del sujeto comunista permiten explicar la autobiografía como *narrativa sacramental*. Su tono dominante fue el de confesión, aunque sirvió de confirmación de fe o posible declaración penitencial ante errores y carencias. La autobiografía de partido representó no tanto una afirmación del ideal comunista como una comunión con ese ideal, insertándose en un sentido teológico de liberación personal que interiorizó percepciones sobre la identidad, la verdad o el poder. El francés Albert Varloteau inició su autobiografía de 1936 reconociendo que ponía su alma en manos del partido⁴⁵. “Voy a intentar narrar brevemente”, escribió, “un pasado que creía definitivamente enterrado para siempre”, pues “un hombre que no tiene la confianza del Partido Comunista no tiene tampoco

³⁸ Riegel, Klaus-Georg: “Marxism-Leninism as a Political Religion”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 6, 1 (2005), pp. 97-126. Véase también Van Ree, Erik: “Stalinist Ritual and Belief System: Reflections on Political Religion”, *Politics, Religion & Ideology*, 17, 2-3 (2016), pp. 143-161.

³⁹ Cfr. con Talaber, Andrea: “Medieval Saints and Martyrs as Communist Villains and Heroes: National Day in Czechoslovakia and Hungary during Communism”, *History of Communism in Europe*, 5 (2014), pp. 168-192.

⁴⁰ Kharkhordin, Oleg: *The Collective and the Individual in Russia. A Study of Practices*, Berkeley, University of California Press, 1999.

⁴¹ Hernández, Richard L.: “The Confessions of Semen Kanatchikov. A Bolshevik Memoir as Spiritual Autobiography”, en *The Russian Review*, 60, 1 (2001), pp. 13-35.

⁴² Halfin, Igal: *Terror in my Soul: Communist Autobiographies on Trial*, Cambridge, Harvard University Press, 2003, pp. 3-17.

⁴³ Jiménez de Aberasturi, Juan Carlos: “Protagonistas de la historia vasca: Sebastián Zapirain”, en *Vasconia. Cuadernos de historia-geografía*, 6 (1985), p. 132.

⁴⁴ Cruz, Rafael: “Como Cristo sobre las aguas. La cultura política bolchevique en España”, en Antonio Morales (coord.): *Ideologías y movimientos políticos*, Madrid, Nuevo Milenio, 2001, p. 193.

⁴⁵ RGASPI, 495/270/4597.

la confianza de los trabajadores, [convirtiéndose] en un accidente para la sociedad”. Después reflexionaba sobre su proceso de conversión al comunismo. Varloteau frecuentó círculos cristianos en su juventud, donde acudía para “discutir sobre el origen de la religión”. Leyó a Zola, Víctor Hugo o Darwin, así como prensa socialista o anarquista. Pero fue Barbusse “quién me salvó, por imposible que pueda parecer, con su *Jesús* y su evangelio de la revuelta”.

Muchos relatos autobiográficos con orígenes geográficos diversos se formularon como narrativas existenciales de tinte organicista. Asumieron un ciclo simbólico trazado por las imágenes del nacimiento –asociado con coparticipar desde la infancia en las condiciones de vida de las clases trabajadoras– y la madurez gracias al bautismo militante. La autobiografía metaforizó así un camino de perfección mediante la alegoría del crecimiento, la toma de conciencia, la cognición y el compromiso. Era una trayectoria asimilable a la construcción del “hombre nuevo” y a las organizaciones comunistas concebidas como “partidos de nuevo tipo”, la expresión de matriz leninista popularizada en los años treinta que sirvió para remarcar las diferencias con otras tradiciones de la izquierda.

A pesar de sus distancias territoriales, las autobiografías del coreano Kim Danya (4 de abril de 1927) y del francés Pierre Semard (17 de octubre de 1933) ejemplifican el canon autobiográfico como expresión de la red comunista compartida de valores, afectividades y códigos de conducta. En el primer caso nos encontramos con una narrativa estructurada mediante la linealidad cronológica donde el paso del tiempo se correlacionó con adquisición de la calidad militante⁴⁶. Su autor, nacido en enero de 1910 en una familia acomodada de Seúl, pronto se implicó en acciones de protesta estudiantil. En Shanghái, a finales de 1920, ya se dedicaba a “estudiar el socialismo”. Fue el momento de su conversión espiritual. Después vino la afiliación al partido y poco más tarde –noviembre de 1921–, la primera visita a Rusia. El maridaje entre activismo y educación constituyó otra constante en la red de valores de las autobiografías comunistas transnacionales. Danya refirió su trabajo como instructor de jóvenes coreanos y la selección como alumno para la ELI. Allí se encontraba en el momento de redactar su autobiografía.

La autobiografía de Semard presentó una estructura temática con cuatro bloques dedicados a orígenes familiares, activismo político, educación y experiencia sindical⁴⁷. Entrelazó sus raíces proletarias, la militancia comunista de primera hora, el compromiso con la IC y el trabajo sindical, una faceta que retrotraía a 1906 cuando contaba veinte años de edad. El apartado dedicado a su educación reflejó otra constante repetida en muchas autobiografías: subrayar un perfil autodidacta en constante superación, capaz en el caso de Semard de enfrentarse a los clásicos –*El Capital* de Marx–, hasta acabar especializándose como publicista de partido, autor de artículos periodísticos o de una obra dedicada a la Guerra de Marruecos.

El sucesor de Semard en la secretaría del PCF, Maurice Thorez, también resolvió su autobiografía mediante la argumentación organicista⁴⁸. La escribió para la IC en abril de 1932. Su primer apartado, dedicado al ámbito familiar, resaltó sus orígenes en el seno de la clase trabajadora, el trabajo desde los doce años y el forzado periplo geográfico y laboral sufrido durante la I Guerra Mundial. Y aunque Thorez ya

⁴⁶ RGASPI, 495/45/24.

⁴⁷ RGASPI, 495/270/777.

⁴⁸ RGASPI, 495/270/82.

se había separado en 1932 de su primera esposa, Aurore Memboeuf, su nombre era mencionado para subrayar su militancia en el PCF desde 1923 y su trabajo como mecanógrafa en una cooperativa.

El segundo bloque detalló la dimensión formativa. Como hizo Semard, la autobiografía de Thorez resaltó el valor proactivo del autodidactismo capaz de superar la exigua formación elemental recibida en la infancia. No había realizado “cursos especiales ni pasó por escuelas del partido”. Sin embargo fue capaz de auto-depurarse. “Leí los folletos del Partido Socialista, anarquistas y sindicalistas. [...] Aunque debo afirmar que leí sin dirección”. Desde 1920 solo consumió vorazmente literatura comunista: “todos los libros de Lenin publicados en Francia y los de otros miembros de la IC”, además de *El Manifiesto Comunista*. Dos años después iniciaba la lectura de *El Capital*. Ese giro coincidió, obviamente, con la afiliación comunista. Militante socialista en marzo de 1919, pronto se alineó con el Comité para la Adhesión a la III Internacional. Comenzó entonces una carrera meteórica hasta convertirse en “funcionario del partido”, culminada con su incorporación al CC en 1924 y al Buró Político (BP) en 1925. En ese momento introdujo un pasaje en forma de confesión de mácula: “en 1924 tuve durante un par de semanas vacilaciones sobre la cuestión del trotskismo, aunque ignoraba todo sobre este tema”. Los párrafos ulteriores reafirmaron la rectitud militante y la lealtad. Thorez recordó que jamás había sido sancionado por el partido y después desgranó su extenso historial huelguístico y de detenciones. El relato concluía, categórico, afirmando que “todos los miembros actuales de la dirección están particularmente cualificados para confirmar esta biografía”.

Este arco existencial in crescendo se reiteró en otras autobiografías de dirigentes internacionales, como la del italiano Luigi Longo escrita en 1937⁴⁹. En ella se aludía de nuevo al entorno doméstico, en este caso una familia de pequeños propietarios de Alessandria, y al mundo del trabajo en Turín⁵⁰. Luego llegó la movilización militar en el ocaso la I Guerra Mundial, el regreso a una normalidad traducida en el ingreso en las filas socialistas y la “participación en la creación de la fracción comunista para la preparación del Congreso de Livorno”. Era el bautismo orgánico. La confirmación del compromiso se explicitó con un plus de calidad relevante en el contexto de redacción de la autobiografía: la lucha contra los grupos fascistas. Después vino la ilegalidad y la estancia en Francia, culminando con la marcha a Moscú en 1932 como representante del Partido Comunista Italiano y la designación como miembro de la Comisión Política del Presídium de la IC. La última parte se dedicó a España y a la conversión de Longo en “primer voluntario de las Brigadas Internacionales llegado a Albacete gracias a la ayuda de los camaradas del Quinto Regimiento”.

Esta autobiografía puede tildarse de narrativa cosmopolita ajustada a una matriz de sentido soviética. Otro relato construido como síntesis entre experiencia personal, trayectoria en un partido nacional, deriva hacia el aparato de la IC y molde autobiográfico soviético fue el del búlgaro Stepan Mínev, una figura relevante en la elite cominterniana y delegado en España entre 1937 y 1939⁵¹. Escribió su autobiografía en

⁴⁹ RGASPI, 545/1/61.

⁵⁰ En otra autobiografía de 1932, Longo se extendió sobre su entorno familiar, relativamente acomodado. La crisis agraria y un litigio forzaron en 1908 la marcha a Turín, donde su padre se asentó como comerciante de vinos; RGASPI, 495/221/33.

⁵¹ Encinas, Ángel L. (ed. y trad.): *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepánov), delegado en España de la Komintern (1937-39)*, Madrid, Miraguano, 2003, pp. 43-46.

febrero de 1941 siguiendo el patrón mencionado en ejemplos anteriores. Sin embargo, añadió un factor coherente con la ideología de salvación: el sacrificio personal, o lo que Foucault definió como “mortificación”.

Stepánov situó el arranque de su trayectoria política a los trece años de edad, recorriendo después los estadios de la simpatía y afiliación socialdemócrata, el alineamiento con las tesis leninistas durante la I Guerra Mundial y los primeros congresos de la IC. Entrelazado con ese currículum, remarcó el sacrificio como constante en una senda que explicaba hacia el compromiso integral. Había nacido en 1890 en una aldea de Shumen, en una familia de pequeños propietarios campesinos. De aquel contexto resaltó, no obstante, que “mis padres y mi hermana eran completamente analfabetos”, que su hermano mayor murió en 1905 a consecuencia “de las palizas que le dieron los gendarmes” y que el menor “fue fusilado en Bulgaria en 1925”. Su iniciación en la literatura política, de nuevo como autodidacta, tuvo lugar en Popovo donde vivió “en una habitación con tres obreros”. Después apuntó que había dejado en España a su esposa Josefina Simón y a su hijo de pocos meses. “Desde marzo de 1939 no tengo ningún tipo de noticias de ellos y no se si están vivos o muertos”. La narración concluía con una alusión autocrítica frecuente en otras autobiografías

No he tenido ni desviaciones ni vacilaciones. Tampoco he sido objeto de ningún tipo de sanciones del partido. Indiscutiblemente en mi trabajo hubo y hay no pocas debilidades e insuficiencias y personalmente no considero que mi trabajo sea irreprochable, pero no hubo errores políticos.

La práctica autobiográfica debe situarse en un terreno de acomodo o tensión entre estándar discursivo, universos simbólicos y concepciones del devenir personal. En este contexto no faltaron las tácticas de negociación entre la imagen socializada del ideal militante, las posiciones del autor y lo que este podía presuponer que eran las expectativas del partido respecto a cómo debía gestionarse ese ideal en el relato autobiográfico. El resultado podía ser entonces la enunciación de una doble identidad. El emigrante polaco en Francia Moshé Zalzman hizo gala de ello en su autobiografía redactada en mayo de 1933 al llegar a la Unión Soviética⁵². Arrancaba con la evocación del trabajo infantil como aprendiz de zapatero, su implicación en huelgas o arrestos y la incorporación a las juventudes y al Partido Comunista Polaco. Después explicó sus actividades en Bélgica y Francia entrelazando la militancia con la articulación de su identidad yiddish. Fue miembro de la Liga Cultural Judía en Bruselas, del Secretariado Judío de la AUS francesa y de la Secretaría Judía del PCF, responsabilizándose en 1933 del “trabajo [político] entre parados judíos”. Había leído de Marx, “Engels y Lenin todo lo que su publica en hebreo”. Pero su autobiografía fue la afirmación de una hibridación identitaria sin futuro. Zalzman fue detenido en la Unión Soviética en 1937 y deportado al Gulag, convirtiéndose con su *Histoire véridique de Moshe, ouvrier juif et communiste au temps de Staline* (1977) en uno de los puntales más populares de la literatura concentracionaria francesa.

⁵² RGASPI/495/270/1239.

4. España en la red transnacional del ego-documento comunista

La autobiografía que acaba de comentarse era anómala. Contrastaba con las marcas semánticas propias de las biografías heroicas que proliferaron en la publicística comunista de los años treinta, otro producto arquetípico en la red de valores. La del alemán Wilhelm Pieck, que fue publicada en varios idiomas por el órgano oficial de la IC, permite destacar algunas claves de contenido de este género⁵³. Presentado como impulsor del “trabajo para bolchevizar” el Partido Comunista Alemán (KPD), Pieck fue evocado como prototipo de sujeto comunista de alcance global. Encarnaba una vida ejemplar definida por los orígenes populares, el compromiso moral, la fiera o el sacrificio, además de por ser una “autoridad excepcional” y un puente entre “pasado y presente”.

La biografía heroica legitimaba alegóricamente el partido y actuó como práctica refleja de un culto a la personalidad cuyo vértice era Stalin. Pero también debe considerarse su interrelación con los códigos de autorrepresentación empleados en las autobiografías de partido. Así ocurrió con Dolores Ibárruri, protagonista de un texto hagiográfico editado en 1938 que respondía a los mismos patrones aplicados en la semblanza de Pieck. Aquella biografía de Pasionaria se secuenció desde sus orígenes familiares populares, el activismo huelguístico y su afán autodidacta hasta desembocar en el deslumbramiento ante la revolución de 1917⁵⁴. El texto fue después publicado en México. No obstante, reproducía en gran medida lo consignado por Ibárruri en una de sus autobiografías para la IC, manuscrita en el verano de 1935 en Moscú coincidiendo con el VII Congreso⁵⁵. En ella desarrolló el mismo arco existencial desde las raíces modestas y el mundo del trabajo. Su matrimonio con Julián Ruiz dio racionalidad a esa condición. “Mi compañero”, afirmó, “de escasa cultura, pero de un espíritu revolucionario formidable, comenzó a iniciarme en las ideas socialistas”. Pronto “comenzaron mis estudios [...], si estudios puede llamarse al leer sin plan ni concierto cuanto caía en mis manos”. Pasionaria recordó después su participación en la huelga de 1917 coincidiendo con sus primeros escritos. Pero faltaba el manto integrador que diera sentido. Vino con las noticias sobre la revolución en Rusia, que llegaron “como la luz y la guía para nuestros trabajos”.

Este texto ha sido evaluado en correspondencia con un arquetipo viril de Pasionaria matizado durante la Guerra Civil al incorporar atributos inclusivos como madre o hermana⁵⁶. La imagen comunista de género combinó en España modelos de presente (Ibárruri) y pasado (Lina Odena, pronto erigida en mártir del partido), junto a un imaginario vinculado al trabajo en retaguardia, la ocasional presencia en el frente y el orgullo identitario. “Ser comunista significa para la mujer madrileña un galardón”. Venida de las “entrañas del pueblo”, “se sacrifica por el porvenir”. Para ella “Dolores es un símbolo. Todas quisieran imitarla [...] en su acrisolada conducta. En sus sacrificios por la causa del proletariado. En sus sufrimientos y sinsabores pasados”⁵⁷. Eran afirmaciones propias de la red de valores transnacionales comunistas, una trama donde se situó el símbolo de Pasionaria. Eric J. Hobsbawm evocó años después

⁵³ *La Internacional Comunista*, junio de 1936, pp. 529-538.

⁵⁴ Dolores Ibárruri, “Pasionaria”, Madrid, Prensa Obrera, 1938.

⁵⁵ Archivo Histórico del Partido Comunista de España [AHPCE], Dirigentes, 13/1/1.

⁵⁶ Llona, Miren: “La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la Guerra Civil”, *Historia y Política*, 36 (2016), pp. 263-287.

⁵⁷ Arnaiz, Aurora: “Yo soy comunista, ¿y tú?”, *Estampa*, 5 de junio de 1937, pp. 12-14.

su intervención en el parisino Vélodrome d'Hiver el 8 de septiembre de 1936. No entendió una palabra pero se dejó arrastrar por el ambiente y el personaje, “ella vestida de negro, como una viuda, en medio del silencio cargado de tensa emoción”⁵⁸.

La autobiografía de Pasionaria de 1935 estaba plagada de ecos religiosos. Mencionó que sus padres eran católicos “y naturalmente mi educación fue también católica”⁵⁹. Su matrimonio fue para sus progenitores “una apostasía” y la revolución soviética un trasunto de deslumbramiento y caída camino de Damasco. El relato se ajustaba así al canon de la autobiografía como narrativa sacramental de confesión y comunión. Igual ocurrió con la autobiografía de José Díaz, secretario general del PCE⁶⁰. Redactada en Moscú junto a la de Ibárruri, en ella evocó sus orígenes modestos, la conciencia de clase adquirida en el mundo del trabajo, la conversión gracias a la literatura comunista o la concepción de la acción política como exclusivo horizonte vital.

El PCE se caracterizó por una notable debilidad orgánica durante la II República. El tránsito hacia una organización de masas no culminó hasta 1936 en paralelo a la revisión de su discurso y la cristalización de la doble identidad, antifascista y frentepopulista. Aunque no llegó a cuajar plenamente una trama organizativa que respondiese al ideal bolchevizador. De hecho, las carencias estuvieron muy presentes en marzo de 1937 cuando contaba oficialmente con casi 250.000 militantes, en un contexto marcado por la guerra y las dificultades para encuadrar esa afiliación de aluvión⁶¹. No obstante, el PCE se inscribió en los ritmos impuestos en la red transnacional comunista del control de cuadros. El objetivo de crear una sección especializada se explicitó en un encuentro celebrado en Moscú en agosto de 1934 con presencia de Díaz, Manuilski o Béla Kun, concibiéndola como instancia no “exclusivamente [dedicada] a investigar”⁶². Una directriz establecida en enero de 1936 fijó, por su parte, la necesidad de designar un secretario de organización y crear un departamento adjunto al CC que realizase “una política sistemática de preparación, promoción y utilización de cuadros”, reforzando la “vigilancia contra las provocaciones” o “las actividades de agentes del enemigo”. En mayo otra resolución más de la IC estableció la creación de una red de escuelas del partido para que disminuyese “el abismo” entre nuevos afiliados y “cuadros más experimentados”⁶³.

Quedó fijada entonces la tripleta formación, encuadramiento y control. Sus puntales fueron los responsables de organización –Pedro Checa, José Luis Valcárcel o Alberto González Menéndez–, de las escuelas –el búlgaro Ruben Abramov o González Menéndez– y de la Comisión de Cuadros –Miguel Guillén y José Juárez, o Eduardo Cebriá en el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) y Ramón Barros en las Juventudes Socialistas Unificadas. Su presencia se proyectó hacia las escalas regionales y locales, que igualmente debían implicarse en tareas organizativas, didácticas o de recolección y sistematización de datos personales.

⁵⁸ Hobsbawm, Eric: *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 130-131.

⁵⁹ Sobre el influjo del entorno católico, Cruz, Rafael: *Pasionaria. Dolores Ibárruri, Historia y Símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, pp. 32-38.

⁶⁰ AHPCE, Dirigentes, 8/2/2.

⁶¹ Los rasgos y déficits organizativos en Cruz, Rafael: *El Partido Comunista de España en la II República*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 56-99; y Hernández Sánchez, Fernando: *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 237-315.

⁶² RGASPI, 495/3/328.

⁶³ RGASPI, 495/18/1070 y 495/18/1092.

La institucionalización de las autobiografías se produjo durante la Guerra Civil. Muchas se amoldaron a las pautas propias de la red de valores y afectividades propias de la subjetividad comunista transnacional. Es el caso de la redactada a finales de 1938 por el jienense Luis Linares Ríos, un cuadro medio del partido⁶⁴. Comunista desde 1929, describió sus raíces familiares, su inmersión en el trabajo campesino a los nueve años o su historial activista y de detenciones. Pero la narración sirvió, sobre todo, de cauce para afirmar una disciplinada ortodoxia y un empeño auto-reflexivo por alcanzar el ideal de sujeto comunista. “No me relaciono con personas de ideología extraña a nuestra causa” afirmó al inicio y conclusión de su relato. Su padre y esposa eran miembros del partido y él formaba parte de organizaciones ligadas a la IC como las AUS o el SRI, trasladando así una imagen de acoplamiento armónico entre militancia y esfera privada.

Linares evocó sus lecturas: prensa del partido y textos de Lenin y Stalin, además de alguna obra de Marx, “pero [estas] y el *Imperialismo [fase superior del capitalismo]* no los comprendo bien [por mi] escasa cultura general”. En cambio, sí reconocía entender “las consignas del Partido”. “En la discusión [...] con las demás organizaciones [del Frente Popular] yo siempre mantengo la línea del Partido porque creo [que] es la más justa”. Tampoco faltaron otros ingredientes propios de la narrativa sacramental, como la confesión de haber actuado en 1931 como interventor de la Conjuración Republicano-Socialista. Pero su autobiografía era, ante todo, una comunión con el partido: con “la consigna de República Democrática, [que] yo la comprendía y no me causó ninguna desmoralización”, con “el concepto de disciplina” o con el rechazo al POUM y “al renegado Bullejos”. En algún momento la voz del autor se trastocó, incluso, en voz del receptor al transcribir estereotipos lingüísticos propios del vocabulario del partido, como la recomendación de “una ligazón más estrecha con las masas”.

La autobiografía de Linares remarcaba la cesura representada por julio de 1936. La memoria inmediata estuvo muy presente en otras autobiografías que repasaban las actividades previas al estallido de la guerra, deteniéndose en el tiempo presente. Así ocurrió en la semblanza de Joaquín Rodríguez García, un empleado de banca miembro del PCE madrileño desde 1933⁶⁵. Voluntario en las milicias, su autobiografía combinaba con orgullo la afirmación de haber “tomado parte en cuantas huelgas ha habido” y los combates donde había participado (“Las Rozas, Toledo, Brunete, Ciudad Universitaria”). Otras autobiografías se trastocaron en historiales militares. La de Pedro Vega, firmada en abril de 1938, limitaba sus “actividades antes del movimiento” a reseñar la expulsión de dos trabajos por motivos políticos. En cambio, la información era más prolija al referir su actividad militar culminada en la escuela del partido de Castellón, acabando en Benicasim como responsable de *agit-prop*⁶⁶.

Otra práctica de la cultura en red comunista fue registrar las “características” de afiliados y cuadros. Su rastreo se llevó a cabo mediante un sistema de círculos superpuestos que requería la movilización de las redes internas en el PCE dado que la información debía circular de los niveles inferiores a las escalas superiores, repitiendo así las pautas de trabajo en cadena ya empleadas en la IC o el PCF.

⁶⁴ Centro Documental de la Memoria Histórica [CDMH], PS, Madrid, 885/9.

⁶⁵ RGASPI, 545/6/465.

⁶⁶ RGASPI, 545/6/467.

En el caso del PCE se estableció que todo militante debía cumplimentar un cuestionario biográfico dando “la mayor exactitud en las contestaciones”. En 1937 se solicitaron los datos personales, orígenes y estudios, organizaciones a las que se había pertenecido, sanciones por “desviaciones de la línea política” o presencia “en la familia de elementos fascistas”. En las fichas de 1938 se requirió qué camaradas podían atestiguar el testimonio allí vertido o cuál había sido la postura del solicitante en “abril 1931, octubre 1934, bienio negro y [el] 18 de julio⁶⁷. Otro formato más detallado correspondió al “guión autobiográfico”. En él se pedía información sobre las causas del ingreso en el partido, “actividades después del 18 de julio” u otras “cuestiones complementarias”. Este apartado permitió al militante madrileño Francisco Mateos explicar su salida del Partido Socialista en 1927, su infiltración en Unión Republicana –“donde fundamos la C[omisión] de Propaganda controlada por el camarada Diéguez”– o sus actividades en la Alianza de Intelectuales Antifascistas⁶⁸.

Respecto a los criterios de evaluación, en el caso del PCE se manejaron aspectos similares al valorar a estudiantes de las escuelas del partido o a cargos orgánicos. La apreciación del alumnado contempló aspectos como el “grado de aprovechamiento” de los cursos, la “disposición para el trabajo”, las aptitudes personales y nivel cultural o las evidencias sobre comprensión e identificación política. A mediados de 1938 la Escuela Provincial de Madrid consideró como aspectos positivos que sus estudiantes empleasen “con soltura y en sentido constructivo la crítica y la autocrítica” o demostrasen “cariño al partido”. Como indicadores negativos figuraba la “inexperiencia”, la “subestimación del trabajo práctico al ansia de problemas o discusiones teóricas”, el “sectarismo” o la falta de “espíritu” comunista, además de actitudes como el egoísmo, la adulación y la envidia⁶⁹. La comisión de cuadros del PSUC sancionó a dos militantes –Josep Anfrons y Mariá Alegre– días antes de que las tropas franquistas entrasen en Barcelona. Fueron acusados de mantener un “comportamiento caciquil [y] una constante crítica destructiva que anulaba toda la labor de [su] célula⁷⁰. La penalización de estas infracciones reflejó tanto la aplicación del código de conducta según la trama de valores y actitudes político-morales que debían definir al cuadro comunista transnacional, como el objetivo de preservar al partido como comunidad-red de sociabilidad.

Las evaluaciones biográficas de cargos locales o regionales reiteraron los criterios empleados en las escuelas mediante esta técnica de esencializar las cualidades del cuadro: “bien políticamente”, “mediana capacidad”, “firmeza revolucionaria”, “un poco contento de sí mismo”, “muchacho activo”, “gran trabajador y entusiasta”, “asimila con rapidez la línea política. Tiene comprensión clara de los problemas”, “fiel y abnegado”... Estos fueron algunos de los criterios empleados ante los cuadros valencianos⁷¹. Otras escalas de responsabilidad inferiores fueron igualmente objeto de valoración, como las mecanógrafas destinadas en la sección de cuadros de Madrid. De Soledad Tieso se afirmó que era “una compañera débil políticamente, pero de garantía”. Distinta fue la cualificación otorgada a Antonia Márquez, de 24 años y “origen proletario”, que suscitó una tensión evidente entre su apreciación política y su consideración moral

⁶⁷ CDMH, PS, Gijón, 58.

⁶⁸ CDMH, PS, Madrid, 151.

⁶⁹ CDMH, PS, Madrid, 885.

⁷⁰ CDMH, PS, Madrid, 1880/5.

⁷¹ CDMH, PS, Madrid, 151.

Políticamente bastante bien. Segura para el Partido. Parece ser que tiene relaciones sexuales anormales con una o dos amiguitas, pero sin que se le pueda probar nada y sin que esto haya tenido publicidad alguna.

Las valoraciones sobre la elite del partido manejaron similares filtros sobre calidad militante, capacidad de trabajo o actitudes personales. Aprovechando el Pleno de marzo de 1937 se produjo la cooptación de nuevos miembros al CC. De Francisco Antón se señaló que era “activo y responsable”, además de que “comprende muy bien la línea política del Partido y es muy fiel”. Santiago Carrillo había “crecido en el movimiento obrero” y era “muy capaz”, y José Cazorla, aunque “tardo en comprensión, [era] honrado. [...] De los viejos cuadros de las Juventudes Socialistas es el más proletario”. En cambio, del dirigente vasco Juan Astigarrabía se recordó su actitud “vacilante e irresponsable” demostrada en el Congreso de la IC⁷².

Astigarrabía acabó redactando una declaración autocrítica donde se responsabilizaba de la caída de Bilbao por la “acumulación sucesiva de una serie de errores” como secretario general en Euskadi⁷³. Las autocríticas pueden entenderse como autobiografías por oposición y constituyeron el paradigma de confesión y penitencia dentro del corpus del ego-documento comunista. Sus formalismos también fueron transnacionales. Estuvieron adobados con frases estereotipadas, basadas en confrontar simbólicamente a individuo y colectivo. Haberse separado de este constituía la fuente de toda infracción. En teoría la autocrítica era un ejercicio de reconocimiento, purga voluntaria y auto-perfeccionamiento, aunque solía someterse a una larga y compleja revisión por parte de otros miembros del partido antes de aceptarse su redacción definitiva.

“Dirección personal y caciquil”, “exaltación exagerada de [...] pequeños éxitos”, “mentalidad egolátrica y pequeño-burguesa”, “actitud vacilante”, “degradación política y moral”... Ese fue el autorretrato que realizó Astigarrabía frente a la contraimagen definida por el principio de comunión sin fisuras entre el partido español y la IC. Pero esta declaración autocrítica no fue la primera en la historia del PCE. Astigarrabía retrotraía sus errores a la connivencia con el “grupo Bullejos”. La expulsión del equipo dirigente en el otoño de 1932 se acompañó, entre otros materiales, de un folleto que recogía varias autocríticas junto con los documentos de condena dictados por la IC⁷⁴.

5. España como red transterritorial en la autobiografía comunista

La autocrítica era una práctica de matriz soviética exótica en la tradición política occidental. Paralelamente, las evaluaciones sobre “características” reflejaron una rutina de examen presente en numerosos informes de los delegados de la IC en España. Ambos ejercicios narrativos pueden valorarse como contaminación del centro a la periferia comunista, aunque también se pretendió que sirviesen de cemento incluso en el PCE. André Marty diseccionó en octubre de 1936 las virtudes que presentaba

⁷² AHPCE, Documentos, F. XVI/197.

⁷³ AHPCE, Documentos, F. XVI/199.

⁷⁴ *La lucha por la bolchevización del Partido. Cómo el grupo sectario ha preparado su lucha contra la IC y el PC de España*, Madrid, Baños y Aguilar, s.f.

la dirección española ante el Secretariado de la IC tras ser preguntado por Moskvín. Ensalzó a Díaz como dirigente de “temple bolchevique”, a Mije (“trabaja veinte horas sobre venticuatro”) y a los responsables de Quinto Regimiento, un “Estado Mayor [...] excelente, maravilloso”⁷⁵.

Marty jugó un papel decisivo en la creación y desarrollo las BBII. Esa red, inserta en la España en guerra, representa un microcosmos que permite aproximaciones a las prácticas en red, a la cultura transnacional comunista y al universo de narrativas autobiográficas por la amplitud geográfica de sus componentes y por las particularidades de la política de cuadros impulsada por la IC⁷⁶. Durante 1938 tuvo lugar la transferencia de brigadistas internacionales al PCE en una cuantía que pudo llegar a 2.000 afiliados en otoño. Era una cifra muy reducida ante el volumen total de comunistas en las BBII, estimado en enero de 1938 en algo más de 9.500 efectivos.

En la decisión de integrar a los interbrigadistas en el PCE intervinieron múltiples factores. En primer término, necesidades de coordinación política. El BP del PCE había planteado en mayo de 1937 crear una organización de “partido único” en las BBII. A ello se añadieron problemas como la desmoralización, las deserciones o los frecuentes conflictos internos. Un informe de Marty elevado a la IC alertó en abril de choques entre nacionalidades donde resultaba “incontestable [el trabajo] de la Gestapo”. También había dificultades en la recopilación y verificación de documentación por las comisiones de cuadros organizadas según orígenes geográficos. Poco después fueron los responsables de la Comisión de Extranjeros del PSUC quienes denunciaron irregularidades en servicios sensibles⁷⁷.

Los delegados de la IC en España Stepánov y Palmiro Togliatti (Alfredo o Ercoli) remitieron en verano sendos informes a este organismo y al gobierno soviético donde se señaló de nuevo el agotamiento y falta de estrategia de cuadros. Los “partidos hermanos” vivían en una burbuja según Togliatti. “Cada representante [se interesa] por los cuadros de su propio partido”, desconociendo la situación española. “Es más fácil encontrar una brigada de españoles que lea algún periódico polaco o alemán que al revés”. Otro informe llegado a Moscú en noviembre de 1937, esta vez de un comisario político, alertó sobre la disipación de códigos de conducta entre los efectivos soviéticos. Hacía unas semanas que había promovido varias asambleas. Ahí “se habló de la desgraciada conducta de algunos comunistas. [Entre] la vulneración de la ética del partido figuran borracheras, relaciones con mujeres, desfallo de bienes del Gobierno, pillaje”⁷⁸.

Por fin, el 12 de enero de 1938 la dirección del PCE optó por crear una Comisión de Cuadros Extranjeros (CCE). Todo interbrigadista comunista se afiliaría al partido y dependería de los comités de Madrid, Albacete, Lérida y Barcelona. Para ello deberían contar con el aval de dos camaradas españoles o de su organización de origen. También se crearían varias escuelas especializadas (política, militar, técnica, de comisarios, oficiales y suboficiales). Como responsables de la CCE se designó a André Marty, al italiano Edo Romano (pseudónimo de Eduardo d’Onfrío), al alemán Franz Dahlem y a Sebastián Zapirain en representación del partido español, junto a un equipo para

⁷⁵ RGASPI, 495/118/1117.

⁷⁶ Kirschenbaum, Lisa A.: *International Communism and the Spanish Civil War. Solidarity and Suspicion*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

⁷⁷ RGASPI, 495/20/274 y 545/6/3.

⁷⁸ Radosh, Ronald y otros autores (eds.): *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Barcelona, Planeta, 2002, pp. 289, 311-314 y 342-351.

tareas de *agit-prop* y organización. Contaría, además, con un departamento de cuadros bajo coordinación de Romano, con Carmen Martínez Cartón (seudónimo de la alemana Ruth Kahn), y un dispositivo auxiliar de cinco personas organizado por criterios geográficos. Según Togliatti, Marty trabajó “en contacto con el secretariado [del PCE] y conmigo mismo” para acabar con el “desorden creado por los representantes de los partidos hermanos” y rentabilizar la presencia de cuadros⁷⁹. Considerando los partidos francés, británico, belga, búlgaro, alemán, polaco y austriaco, a mediados de 1938 permanecían en España una veintena de miembros de varios CC, un centenar de dirigentes regionales o provinciales y alrededor de 1.250 cuadros inferiores⁸⁰.

La creación de la CCE se acompañó con la obsesión por optimizar su gestión hasta el extremo de regular milimétricamente la rutina diaria. La “clasificación de materiales” se haría “según el sistema militar”. La secretaria y traductora Clara Hamburger recibiría y enviaría toda la documentación asegurándose “cada noche de guardarla en un armario”. A la mañana siguiente se encontraría con Marty para “recibir [...] las órdenes del día”. El espíritu taylorista guió igualmente los requerimientos de Marty a los responsables de cualquier colectivo del PCE donde hubiese comunistas extranjeros. En diez días debían mandar las relaciones nominales y la “opinión respecto a su conducta política y moral”, mientras que el futuro afiliado cumplimentaría antes de tres semanas un cuestionario biográfico sin “escamotear preguntas”. Cada solicitud se acompañaría de un informe de verificación que notificase el trabajo y su actividad en el partido, el nivel formativo y el “estado físico y moral” de cada candidato⁸¹. Y eso era solo el comienzo, pues

Deberás escribir informes parecidos cada mes respecto a todo camarada del partido que se encuentre a tu alrededor y que puedas controlar tú mismo. Los camaradas responsables de ti deberán hacer por igual [...]. Será necesario que tu informe y tu apreciación sean muy justos.

Se oficializaba así la lógica del control biográfico según los ideales del trabajo en cadena y la centralización de criterios. La dirección española los apuntó en enero: “fidelidad al Frente Popular”, competencia política o técnica y “apego al deber”. En cambio, para Marty verificación significaba, ante todo, depuración de “incapaces, cobardes y desmoralizadores”. En un demoledor informe elevado al PCE en abril de 1938 lo ejemplificó ante la situación de la XIVª Brigada. El panorama en aquella unidad era de “indisciplina e inmoralidad de numerosos oficiales”, infiltración de poumistas y doriotistas, fricciones, “batallas de chismes” o política de cuadros “sobre la base de la pandilla”. La solución no podía ser otra que una depuración sobre “capacidades” y “seguridad política” caso a caso⁸².

La recopilación documental fue, sin embargo, lenta e incompleta. La Sección de Cuadros del PCE de Valencia se lamentó ante Marty de que se estaba llegando a una situación de saturación. “Hay que tener en cuenta que desde hace casi un año nuestros camaradas han enviado a varias instancias dos o tres biografías”. Recabarlas

⁷⁹ RGASPI, 545/6/7; 545/6/8, y Togliatti, Palmiro: *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 175-176.

⁸⁰ RGASPI, 545/6/8.

⁸¹ RGASPI, 545/6/9.

⁸² RGASPI, 545/6/7 y 545/6/8.

otra vez parecía algo “poco serio”⁸³. Los engranajes tampoco discurrieron siempre según la disciplinada celeridad castrense querida por Marty. Desde Barcelona llegaron quejas de la lentitud en tramitar los carnets y se pidió a la CCE que clarificase los criterios de “apreciación política”⁸⁴. Finalmente se optó por un sistema de evaluación similar al empleado por el PCF. A finales de 1938 se estableció una gradación en seis niveles que iba desde los cuadros con “capacidades dirigentes” u “honestidad política y abnegación” (A), a los “nocivos para la causa”, “difícilmente mejorables” e “indisciplinados, descontentos, borrachos” (E), y, finalmente, a los “enemigos [que] deben ser expulsados” (F).

Las dos últimas categorías eran afines a los criterios empleados en los “ficheros negros” que se confeccionaron durante y tras la Guerra Civil y en las listas negras publicadas por el PCF. Sirva como ejemplo de este tipo de catálogo de faltas las apreciaciones sobre 17 interbrigadistas alemanes: colaboracionismo con la policía francesa (Kurt Blumenhain, acusado de “elemento contrarrevolucionario”), defraudación al partido (Richard Fischer, “criminal”), quintacolumnismo (Justin Korchner, “desclasado”), degeneración moral (Heinrich Luckás, “relaciones con prostitutas y chulos”), trotskismo (Rudolf Schmidt, “lumpenproletarier”) o infiltración desde la Gestapo (Werner Schmidt, que influenciaba a “compañeros débiles”)⁸⁵. Sin embargo, a pesar de estos casos en el balance elevado por la CCE a la IC en agosto de 1940 se estimó como “obra magnífica” y “sacrificio supremo” la experiencia de los 1.500 militantes del colectivo comunista alemán en España⁸⁶.

La creación de la CCE impulsó la producción autobiográfica. El análisis de varios textos redactados en castellano entre 1937 y 1939 permite apuntar algunos rasgos de este material. Resalta, en primer término, la presencia disipada de España en los imaginarios discursivos. Figuró como objeto externo o telón de fondo, invisibilizándose una dimensión emotiva del sujeto español frente a la evocación de la experiencia personal de la guerra, la apelación antifascista o la descripción del currículum político por parte de los autores de estas autobiografías.

En contraste, la incorporación de los interbrigadistas al PCE buscaba su españolización administrativa, que lograsen una “compenetra[ci]ón con los problemas” del partido y se optimizara el uso de cuadros extranjeros en el ejército, la industria o en organismos oficiales. Pero asimismo se pretendió la asimilación de un discurso sobre la realidad española con sentido nacionalizador. Los cursos para cuadros en lengua francesa, italiana, alemana o polaca pusieron de manifiesto ese horizonte integracionista materializado en temas sobre historia y estructura socioeconómica de España, sentido del 14 de abril o acerca del carácter de la guerra como revolución popular. Paralelamente, las asambleas de células del PCE donde se emplazaron internacionales actuaron de foro pedagógico para difundir relatos sobre la dualidad fascismo/antifascismo, el patriotismo comunista o los orígenes del Frente Popular.

Un aspecto distintivo en las autobiografías de los interbrigadistas es la relativa diversificación identitaria y la disímil acepción simbólica del sujeto comunista. No faltaron ejemplos autobiográficos que reprodujeron el paradigma militante. Pero en muchas narrativas la centralidad de la identidad política comunista parecía diluirse

⁸³ RGASPI, 545/6/2.

⁸⁴ RGASPI, 545/6/3.

⁸⁵ RGASPI, 545/6/360.

⁸⁶ RGASPI, 545/6/346.

ante variables muy diversas. Así por ejemplo el británico Alonzo Markham Elliott, colaborador con el CCE, redactó dos autobiografías adscritas al canon de narrativa sacramental⁸⁷.

La segunda autobiografía la escribió en París el 3 de abril de 1939 y constituye un ejercicio reflexivo modélico sobre el Yo como sujeto en construcción. En un castellano impecable –Elliott había estudiado en Cambridge lenguas modernas y pedagogía–, desgranó su entorno social y familiar en Ipswich y el proceso de subjetivación política. Etiquetó a su familia, de simpatías laboristas, como “oportunista” y de “tendencias pequeño-burguesas”. Igual que figuró en otras muchas autobiografías contemporáneas, fue el sentimiento de rebeldía la raíz que germinaría en militancia. Reconoció, no obstante, que “a los quince años mis ideas eran una mezcla de G. B. Shaw, H. G. Wells y Lord Byron”. Y aunque “escribía ensayos ateístas”, sentía curiosidad por la Iglesia Católica, por la Unión Soviética y una “vaga simpatía hacia el fascismo” al percibirlo como “camino más eficaz hacia el socialismo”.

Elliott inició su militancia en 1934, en Cambridge. Su autobiografía desgranó el recorrido orgánico y el vago interés por venir a España. La necesidad de traductores decidió ese destino en mayo de 1937. Desde ese momento España figurará como telón de fondo de su relato. A pesar de que redactó su autobiografía tres días después de la conclusión oficial de la guerra, Elliott no vertió ninguna reflexión sobre la naturaleza del conflicto ni manifestó ninguna implicación sentimental con la situación española. Muy al contrario, la recta final del texto servía como autocrítica de sus simpatías al “fraccionalismo nacional” en las BBII. Su paso por la CCE le permitió comprender la “política justa” del PCE y la IC, mientras que el balance personal que hacía de su experiencia española estribaba en haber “eliminado muchos rasgos pequeñoburgueses de mi ideología y carácter”.

La conversión de la autobiografía en currículum orgánico vertebró la narración del estadounidense Arnold Raisky (Arnold Reid), escrita en enero de 1938⁸⁸. Hijo de inmigrantes rusos, subrayó que sus progenitores estaban en la Unión Soviética con la “impresión de que mi padre es miembro del partido allá”. En cambio, frente al ejemplo de Moshé Zalcman antes comentado, Raisky veló su identidad judía. Ajustó su peripecia vital al estándar de activista comunista cosmopolita. Había colaborado con el partido cubano, en tareas de *agit-prop* en México y en escuelas del partido en Estados Unidos hasta integrarse en octubre de 1937 en la Sección de Cuadros del PCE.

La narración del austriaco Matthey Liselott reflejó, en cambio, un encuadramiento antifascista y de entrega entendido como requisito consustancial a la condición comunista (“quiero colaborar y ayudar, según mis fuerzas, en el partido”)⁸⁹. Retrató a su padre como “un poco simpatizante [del] nacional-socialismo”. El rechazo a ese entorno actuó de clave explicativa en la deriva hacia la militancia. “El primer impulso contra la opinión de mi familia la he tenido a causa de[I] antisemitismo”. Ese hecho sirvió de espita para aproximarse a las “lecturas de Marx, [que] me han dado una nueva opinión del mundo”.

El encuadramiento antifascista también era muy visible en la autobiografía del polaco Bronislav Kuraho-Steraho. Miembro de una familia burguesa, pasó brevemente por un seminario católico hasta trabajar en el Tribunal Civil. No obstante,

⁸⁷ RGASPI, 545/6/129.

⁸⁸ RGASPI, 545/3/453.

⁸⁹ RGASPI, 545/6/81.

reivindicaba su identidad comunista desde la percepción sentimental de pertenecer al “proletariado”, ya que “desde la niñez tenía las ideas revolucionarias marxistas” y “había leído mucho la literatura del Partido Comunista”. Justificó su llegada a España, en diciembre de 1936, desde el leitmotiv genérico de “luchar contra el fascismo”⁹⁰.

Un estudio dedicado a la autobiografía comunista en la Bolonia posterior a la II Guerra Mundial ha apuntado la tensión existente entre formato, universo simbólico y formas de expresión militante. Muchas del millar de autobiografías que componen aquel corpus fueron obra de afiliados que se enfrentaban con vez primera a la experiencia de la escritura⁹¹. En las autobiografías de interbrigadistas escritas en castellano la destreza en manejar la lengua condicionó la exposición de contenidos. El texto de un voluntario polaco anónimo de finales de 1938 evidenció este fenómeno⁹². Redactado en un castellano elemental, evocaba el universo de una familia de pequeños propietarios campesinos. Al concluir la I Guerra Mundial sufrió “el terror alemán” y “quedamos sin pan”. Tras ello vino “el t[i]empo de la revolución. (...) Llegaron [los] bolcheviques, después lituanos y último asaltaron los polacos”. Fue en Argentina donde adquirió una condición política ligada a las dificultades laborales y a la lucha por la supervivencia hasta acabar “juzgado como comunista y malo elemento para feudalismo”. La segunda parte de la autobiografía, mucho más extensa, la situó en España desde una óptica marcada por el trauma personal de la guerra.

El norteamericano Anthony de Maio, miembro del partido desde 1935 y adscrito al Servicio de Investigación Militar en la XVª Brigada desde finales de 1938, encarnó otra modalidad identitaria distinta a las que acaban de mencionarse mediante la apelación a la violencia en algunas de sus categóricas respuestas a un cuestionario biográfico. Consideró, por ejemplo, que el Frente Popular no era suficientemente duro “contra su quinta columna, los enemigos del pueblo”, que las BBII “no [habían] castigado a los enemigos de nuestras filas lo bastante duro”, y sobre las enseñanzas adquiridas en España, que había “aprendido mucho sobre la infiltración de agentes del enemigo en nuestro campo”⁹³. En cambio, en el caso de dos interbrigadistas polacos, los químicos Zofia y Mieczyslaw Schleyer, el currículum académico y profesional se superpuso sobre la identidad de partido⁹⁴.

Otros relatos invisibilizaron ciertos planos identitarios. El estadounidense John Tisa resaltó su activismo sindical obviando cualquier explicación sobre las causas de su deriva hacia el Partido Comunista⁹⁵. Otra identidad velada fue la del escritor alemán Gustav Regler. Su autobiografía apenas ocupaba una página redactada con tono frío y desapasionado. Y aunque Regler se definió como “novelista y romancero”, sólo citó sus cargos políticos-militares en España y su paso por varios frentes (Ciudad Universitaria, Sierra de Madrid, Casa de Campo o Jarama). Sí subrayó, empero, su carácter como alemán exiliado, resaltando su negativa a aceptar la nacionalidad francesa ofrecida por el gobierno del Frente Popular⁹⁶.

⁹⁰ RGASPI, 545/3/748.

⁹¹ Boarelli, Mauro: *La fabbrica del passato. Autobiografie di militante comunista (1945-1956)*, Roma, Feltrinelli, 2007.

⁹² RGASPI, 545/3/166.

⁹³ RGASPI, 545/6/880.

⁹⁴ RGASPI, 545/1/61.

⁹⁵ RGASPI, 545/1/61.

⁹⁶ RGASPI, 545/3/164.

La disipación identitaria desembocó en otras narrativas donde parecían disolverse los cánones ortodoxos de la personalidad comunista. El periodista croata Boris Leotinch, que colaboró en la edición yugoeslava de *Los Voluntarios de la Libertad*, la redactó en enero de 1938 como narración proyectada sobre las actividades de sus hermanos –“mi vida no es más que el reflejo de [su] lucha”–, con un acusado tono de reivindicación nacionalista y un antifascismo elemental traducido en justificar su presencia en España con el fin de “luchar contra la opresión reaccionaria”⁹⁷.

La autobiografía del argentino Oscar A. Succar constituyó, finalmente, una muestra de identidad política exótica. Firmada en Valencia en julio de 1937, ofrecía un manifiesto sincretista de afirmación individualista frontalmente alejado del canon autobiográfico comunista como narrativa sacramental⁹⁸. Frente al pedigrí proletario, Succar evocó con orgullo sus raíces burguesas retrotrayendo a su carácter “rebelde” su peculiar semilla comunista. También había leído a Bakunin, Spencer, Hume, Zola o Darwin, pero sobre todo le interesaban “las especulaciones de tipo filosófico sin apartarme demasiado, felizmente, de las cosas terrestres”. Succar acabó afiliándose al PCE en octubre de 1936, una decisión que justificó arguyendo que era “el partido que está más cerca de mi corazón”. No obstante, tal militancia no parecía chocar, sino más bien complementarse, con su

Profunda convicción vidista del origen de los mundos y las cosas. [...] Mi Dios es el Dios de Hegel y Spinoza, que se identifica con el Pueblo y la Naturaleza. Soy panteísta en la ciencia y pagano en el arte. [...] Me he adherido a la gloriosa IC porque la considero la única fuerza internacional organizada capaz de luchar con éxito contra la reacción, la teocracia, el feudalismo y la barbarie.

6. Conclusiones

“Cuando un militante comete un error es importante saber cuales son las causas y raíces de su yerro. [Es] importante conocer su pasado político, su origen social”, afirmó el húngaro Erno Gerö en el verano de 1935. “¿Es qué se trata de un compañero obrero o de origen intelectual pequeñoburgués? ¿[O] un compañero que era siempre fiel al partido, que ha tenido una posición justa en todas las situaciones?”⁹⁹. Esta reflexión se enmarcó en un debate celebrado en Moscú a raíz de las fricciones entre los comunistas catalanes y la dirección española y puso de relieve la importancia de fiscalizar el pasado de cualquier militante.

El trabajo que aquí concluye ha explorado la tipología del relato autobiográfico comunista aproximándose a algunas claves temáticas y tipológicas. El canon autobiográfico ha de relacionarse con otras narrativas públicas, como las biografías heroicas o los corpus autobiográficos de dirigentes bolcheviques publicados en la Unión Soviética a finales de los años veinte. Cabe apuntar la hipótesis de una identidad transnacional compartida vinculada con el carácter estandarizado que asumieron muchos de estos relatos, especialmente en el caso de la elite cominterniana o entre los estratos superiores de la dirigencia de los partidos nacionales.

⁹⁷ RGASPI, 545/3/164.

⁹⁸ RGASPI, 545/6/232.

⁹⁹ RGASPI, 495/32/178.

Pero la autobiografía comunista se desplegó también hacia abajo, hacia la base militante y los afiliados de nuevo cuño, como afirmación sobre lo personal donde cupieron casuísticas que fueron de la escueta descripción a reflexiones más elaboradas. En ese último caso encontramos narrativas explicables como ejercicios de auto-cultivo o construcción consciente del sujeto conexos con la proyección antropológica y cultural del proyecto estalinista.

La construcción discursiva del sujeto convivió con su control. Parece evidente que sin la dimensión “socio-biocrática” y la obsesión por acumular información personal y verificarla no puede aprehenderse adecuadamente el fenómeno de las purgas. La sospecha estuvo presente en una mecánica que se vio replicada en múltiples focos, desde la IC a los partidos nacionales y de ahí a sus estructuras locales. Deben resaltarse, particularmente, dos aspectos que tomaron forma de manera sincronizada: el valor crucial otorgado a las secciones de cuadros y la insistencia en un trabajo de fiscalización en cadena fundamentado en lograr la máxima eficacia al testar, caracterizar y, en su caso, depurar las estructuras orgánicas.

Los materiales autobiográficos deben explicarse como prácticas transnacionales insertas en una red de recopilación informativa y examen de rango igualmente global. Este trabajo se ha aproximado a algunas de las dimensiones –orgánicas, de producción y circulación de valores– implicadas en un comunismo en red durante la década de los treinta. Sus expresiones fueron múltiples y desbordan los límites de las presentes páginas. Aunque debe recordarse, obviamente, que dicha concepción no fue un invento del estalinismo. Una ponencia de Otto Kuusinen y Wilhelm Koenen al III Congreso de la IC (1921) especificó esa imagen. “Para lograr en el partido la mayor centralización posible [...] es necesario dedicarse a construir una red”, apuntaron, enfatizando la multifuncionalidad del partido como escuela militante, vértice de una acción propagandística basada en “métodos cada vez más perfectos” y matriz para “grupos de trabajo [orientados a] un grado cada vez más elevado de especialización”. Aquel texto también entendió al partido como espacio de rendición de cuentas gracias a la una red jerarquizada de informes. Se indicó que todo militante y sección debían hacerlos para el “comité inmediatamente superior” hasta culminar en un flujo ascendente regular suministrado a la IC¹⁰⁰.

En 1924, al justificar la sujeción de las organizaciones de masas, se empleó una metáfora celeste para evocar de nuevo la imagen de la red. “Debemos crear un sistema solar”, se señaló, “que en la práctica [estén] bajo la influencia de nuestro partido, pero no bajo su dirección mecánica”¹⁰¹. El primer astro en esa constelación fue la Ayuda Internacional de los Trabajadores creada en Berlín en 1921. Con posterioridad se añadió una nutrida nómina de siglas transnacionales que incluyeron al SRI (1922), a las AUS (desde 1927) y a una miríada de agrupaciones ligadas a la IC (Internacional Deportiva Roja, Internacional Sindical Roja o Comité Internacional Femenino de Lucha contra la Guerra y el Fascismo). Más tarde se crearon otras redes básicamente orientadas a lograr la movilización antifascista entre los intelectuales, como el Congreso Mundial contra la Guerra Imperialista (1932), el Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo (1933) o los Congresos Mundiales en Defensa de la Cultura (1935 y 1937).

¹⁰⁰ Kuusinen, Otto y Wilhelm Koenen: *Thèses sur la structure et organisation des partis communistes*. Moscú: Section de la Presse de la IC, 1921.

¹⁰¹ Gross, Babette: *Willi Münzenberg. Una biografía política*, Vitoria, Distriforma, 2007, p. 256.

Este artículo se inició mencionando la obligación autobiográfica en las SS alemanas. Sus posibles concomitancias con las autobiografías comunistas son otra cuestión que supera los márgenes de la presente investigación. No obstante, cabe sugerir algunas líneas de proximidad y de divergencia. La afinidad más evidente estribó en su valor orgánico y la distancia más notoria en su carácter de contra-imágenes. A mediados de los años treinta la calidad militante comunista podía evidenciarse evocando el pedigrí antifascista, del mismo modo que el historial anti-comunista representaba un activo decisivo en las narrativas nacionalsocialistas.

Recuperando el título de un análisis de Bruce Campbell dedicado al *Lebenslauf* ha de recalcarse que las autobiografías nazis y comunistas aportan el valor de “sus propias palabras”. Ese universo de sentido cristalizó a través de un doble juego de posibilidades: situarse más o menos cerca del canon discursivo del ideal militante o acabar derivando en narrativas mucho más banales. Por otro lado, tanto los partidos comunistas como el Partido Nazi (NDSAP) coincidieron en remarcar la importancia del compromiso y el sacrificio como indicadores sobre el valor del cuadro. El pasado determinó, en este sentido, el presente, desde una óptica compartida sobre el valor de la autobiografía como evidencia de un sujeto político en construcción¹⁰². La minuciosidad en la observación, el empeño objetivizador o la fe militante salpicaron muchas autobiografías nazis y comunistas. Tales correlaciones pueden explicarse en términos de equivalencia discursiva y juego reflejo –aunque lógicamente inverso– de significaciones.

Podemos aproximarnos, finalmente, a algunas de estas estrategias estilísticas y expositivas compartidas. El dirigente comunista alemán y cuadro cominterniano Ernst Blank (seudónimo de Karl Thoma) estructuró su autobiografía en 1938 mediante una rígida ordenación por apartados. En el primer bloque consignó su marco social de familia de clase media baja destacando el perfil trabajador de su padre, simpatizante socialdemócrata, y los orígenes de la madre venida de “una familia de campesinos empobrecidos”. Después anotó algunas claves profesionales entrelazadas con su labor activista, concluyendo con el dato de ser desde 1923 “funcionario” del KPD. Aunque el grueso de su narración se centró en recopilar su carrera orgánica. Blank participó en la creación de las juventudes comunistas en 1919, ascendiendo en pocos meses a su dirección. Tras ello vino la primera estancia en Moscú, en el aparato de las juventudes de la IC, el regreso a Alemania y las responsabilidades de *agit-prop* en Berlín, y entre 1924-33, en los departamentos de información y organización del CC. Estuvo unos meses en la ELI, fue detenido tras el ascenso de Hitler al poder y liberado a mediados de agosto de 1935. Y, “por orden del CC, conducido [a Moscú, trabajando] en la secretaría de Ercoli [Togliatti] hasta 1937”¹⁰³.

El texto de Blank puede leerse como quintaesencia de currículum político ajustado a la lealtad, la ortodoxia y el compromiso infatigable. Los mismos principios pueden aplicarse a algunas autobiografías nazis. La del *Obertruppführer* de las SS Paul Fritze, redactada el 6 de agosto de 1934, se estructuró de manera similar. Arrancaba mencionando sus raíces de clase media como entorno condicionante (“crecí en un sentido cristiano nacional”). Después vino la movilización y la guerra. Fritze subrayó haber participado en enero de 1919 en la “represión de la revuelta esparta-

¹⁰² Campbell, Bruce: “New Perspectives on the Nazi Storm Troopers. Autobiographies of Violence: The SA in its Own Words”, *Central European History*, 46 (2013), pp. 217-317.

¹⁰³ RGASPI, 545/1/61.

quista en Berlín” y haber colaborado en el golpe de Kapp, iniciando desde 1924 un itinerario por varios grupos derechistas hasta desembocar en el NSDAP y las SA en enero de 1930¹⁰⁴.

La autobiografía del *Oberscharführer* August Acker (8 de agosto de 1934) respondía al mismo patrón guiado por la concisión descriptiva, la acumulación de datos, la exposición lineal y la percepción de una existencia entendida como proceso de identificación sin fisuras. Afirmó haberse ido “familiarizando con la idea nacionalsocialista y el programa del NSDAP” desde 1924, fecha desde la que fue ascendiendo en el organigrama local y regional del partido. Sin embargo, también resaltó la dimensión activista en su autobiografía. En concreto, el haber participado en un enfrentamiento en Herxheim, concluyendo con la explícita declaración de fidelidad de haber “demostrado en muchas ocasiones mi compromiso con los ideales y mi lealtad al Führer”. Las alusiones a la marcialidad o a la violencia figuraron, igualmente, en numerosas autobiografías de cuadros de las SS¹⁰⁵.

En este tipo de relatos asimismo podía tener cabida alguna referencia puntual de tono ambiguo. “En 1928 conocí a un caballero que se convirtió en mi amigo”, escribió veladamente Walter Junglen también en agosto de 1934. “Era un viejo nacionalsocialista que presenció el golpe de Hitler en Múnich en 1923. Gracias a él me familiaricé [con el partido] y como no fui militante anterior de ningún otro grupo, estuve pronto a favor de los nacionalsocialistas”¹⁰⁶. En cualquier caso, todos los ejemplos mencionados evidencian claros paralelismos formales y estructurales pivotados en torno a una introspección de lo personal mediante un discurso *in crescendo* determinado por justificar el compromiso militante. Fueron, pues, prácticas de memoria articuladas desde una obsesiva pulsión política.

¹⁰⁴ Theodore Fred Abel Papers, Hoover Institution Library & Archives, Stanford University [TFAP-HOLA], 50000/01/0104.

¹⁰⁵ TFAP-HOLA, 50000/01/0441.

¹⁰⁶ TFAP-HOLA, 50000/01/0266.